

Miguel Angel Sanz Chavarría
Hermano de La Salle



VIERNES SANTO, año 2009

PRIMERA PALABRA:
PADRE PERDÓNALES PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.
(Lc 23, 33-34)

En estos días de pasión todo huele y sabe a locura, hermosa y bendita locura. La locura de un Dios que hecho hombre se nos entrega hasta el final. La locura de un Dios que se nos da y si nos reparte. Todo huele, todo sabe a locura. La locura de un Dios que ama infinitamente al hombre, la locura de un Dios crucificado, la locura de un Dios que nos perdona, locura provocada por el infinito e inmenso amor de Dios a los hombres. Y de esta manera el amor torna en profunda cordura la locura de un Padre Bueno.

Jesús ya está crucificado, ha sido torturado, escarnecido, despreciado. Jesús ha sido ejecutado como el peor de los criminales, nadie o casi nadie ha tenido piedad de él y sin embargo las primeras palabras que salen de su boca son de perdón, de reconciliación *“Padre perdónales porque no saben lo que hacen”*. Más locura todavía, más cordura, más amor.

“Hasta setenta veces siete” dijo él que había que perdonar al que nos ofende y así lo hace él. Ni las más grandes ofensas, ni las peores torturas, ni la más cruenta muerte pudieron con el amor de Jesús. *“Padre perdónales porque no saben lo que hacen”*. Y estas palabras llegan hasta nosotros desconcertantes, inquietantes.

“Perdónales porque no saben lo que hacen” son una última lección, nos señalan un camino, el camino del perdón sin límites y la entrega total. Y en estas palabras las Bienaventuranzas de la montaña se transparentan con una inusitada claridad. Palabras llenas de una rica pobreza, henchidas de mansedumbre, palabras de llanto a la espera de consuelo, palabras hambrientas y sedientas de justicia, palabras llenas de misericordia, palabras que sólo pueden salir de un corazón limpio, palabras de paz, palabras de quien ha sufrido persecución e incomprensión. En estas palabras Jesús encarna su proyecto de vida, su Evangelio.

Mientras su cuerpo se desgarraba colgado del madero, su primer pensamiento, es para los demás: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Desde el primer momento se manifiesta la gran bondad de Jesús, su infinita compasión. Jesús quiere vivir su muerte como una muerte redentora, una muerte de reconciliación y de paz. Quiere que acabe de una vez el mal en el mundo. No quiere que haya más crueldad, ni más injusticia, ni más sufrimiento. Desde lo más hondo de sus convicciones y de su experiencia personal, Jesús sabe que la única forma de acabar con el dolor del mundo es el perdón, la victoria del bien sobre el mal, la respuesta del amor y de la compasión a las heridas del odio y de la crueldad. El que no condenó a la mujer adúltera, el que tuvo compasión de enfermos y viudas, el que perdonó a Zaqueo, pide ahora el perdón para sus propios verdugos.

“...Porque no saben lo que hacen” es la razón que Jesús alega para el perdón. No saben lo que hacen porque el fanatismo los ciega, no saben lo que hacen, unos porque sienten que ante el mensaje de Jesús su poder se acaba la avaricia y el ansia de poder los ciega, los hace insensibles al dolor y al sufrimiento. No saben lo que hacen otros porque han sido manipulados, engañados y comprados con falsas promesas de salvación.

Aun clavado en la cruz a punto de morir con sus verdugos lanzando insultos y burlas Jesús sigue confiando en el ser humano. Es la ignorancia o el desconocimiento la razón de tanta crueldad, de tanta sinrazón. Jesús piensa, Jesús cree, Jesús siente que no saben lo que hacen. Jesús confía en la bondad del hombre por eso pide el perdón. Y sin embargo nosotros nos empeñamos en juzgar y condenar sin conocer, sin comprender, sin compasión.

Las palabras, pero sobretodo, la actitud de Jesús en la cruz son para nosotros una llamada de atención. Hoy nos conmueven, nos emocionan incluso nos aturden, pero en el día a día las olvidamos dejándonos llevar por el egoísmo, por el deseo de venganza. *“... no saben lo que hacen”* pero nosotros no dejamos de ver malas intenciones en cualquier sencillo lance de la convivencia diaria, juzgamos sin piedad un mal gesto, una mala palabra. Y así entramos en un peligroso círculo vicioso de rencillas, ofensas, agravios y venganzas que sólo el verdadero perdón puede romper.

Jesús crucificado, humillado nos enseña a perdonar. Es difícil, sin duda, pero hermoso, el perdón es uno de los mejores regalos de Dios a los hombre, Jesús mismo nos lo da en las peores de la condiciones. La venganza es fea, es mala y nada soluciona. El perdón sólo puede nacer de un corazón grande. El perdón es la mayor manifestación de la libertad verdadera. El perdón es una respuesta libre. El perdón apaga el fuego de la muerte pues es una respuesta de vida. El perdón nos capacita para amar, pues es una respuesta de amor.

Sí de verdad creemos en el Evangelio, si de verdad queremos cambiar el mundo, queremos desterrar la injusticia y la violencia, queremos construir una sociedad nueva, justa y feliz. Tendremos antes que aprender la verdad fundamental que Jesús nos enseña desde la Cruz: Sin acogernos al perdón de Dios y sin perdonarnos mutuamente no seremos capaces de construir un mundo de justicia y paz.

Y hoy a nosotros nos ocurre lo que les ocurrió a los verdugos de Jesús, tampoco nosotros sabemos lo que hacemos. No sabemos lo que hacemos cuando despreciamos al hermano, no sabemos lo que hacemos cuando nos dejamos llevar por nuestro egoísmo, no sabemos lo que hacemos cuando permanecemos indiferentes antes las injusticias del mundo, no sabemos lo que hacemos cuando hacemos de la venganza el motor de nuestra vida. Por eso el perdón de Jesús es también para nosotros. Y en este perdón debemos encontrar el principal motivo para nuestra conversión.

El perdón de Jesús desde la cruz es como un manto de misericordia que se extiende por el Mundo cubriéndolo de paz y serenidad, que cubre nuestros pecados y renueva nuestros corazones.

Gracias Señor, Tú nos perdonas y pides perdón a Dios por todos nosotros. Y así nos devuelves la inocencia y la paz. Junto a tu Cruz estamos tranquilos, podemos mirarnos al espejo sin sonrojarnos pecados, podemos levantar nuestros ojos hacia Dios sin sentir miedo ni estremecimiento. Dios es tu Padre y nuestro Padre, Dios te escucha y nos perdona. Ayúdanos Señor a poner en práctica lo que cada día rezamos en el Padrenuestro. Enséñanos

a perdonar de corazón, sin condiciones. Y cuando nos equivoquemos, cuando nos alejemos de ti y del hermano, perdónanos porque no sabemos lo que hacemos.